

ÍNDICE

Agradecimientos.....	11
Introducción	
Clima y cultura en Colombia.....	13
Capítulo 1	
Fantasías de la deforestación en la obra de Francisco José de Caldas.....	21
Capítulo 2	
La mirada invernacular: José María Samper, liberalismo y exterminio.....	51
Capítulo 3	
Otros invernáculos: José Asunción Silva frente al proyecto civilizatorio.....	87
Capítulo 4	
Héroes de la civilización: la Amazonía en la obra del general Rafael Reyes.....	115
Capítulo 5	
La voz de los árboles: poesía, fiebre y movilidad en <i>La vorágine</i>	139
Conclusión	
Una cultura de invernadero.....	169
Bibliografía.....	177
Índice onomástico.....	195
Imágenes.....	197

INTRODUCCIÓN

CLIMA Y CULTURA EN COLOMBIA

En este libro quiero abordar las maneras a través de las cuales el discurso civilizador representó el espacio tropical colombiano durante el siglo XIX y comienzos del XX. Para empezar es necesario detenernos en la particularidad geográfica de los Andes tropicales en el norte de Suramérica. La verticalidad de la montaña hace que la temperatura vaya disminuyendo paulatinamente a medida que se sube los Andes, pasando de los 25-30 grados centígrados aproximadamente en Cartagena, por ejemplo, a los 10-15 centígrados en Bogotá, hasta llegar a las heladas alturas de los páramos que bajan de los cero grados. El viaje vertical por los Andes es un viaje climático que, al atravesar distintos pisos térmicos, despliega vegetaciones diferentes, dándole a las distintas alturas una apariencia particular: los saúcos, los pinos y los eucaliptos abundan en las alturas; las palmas, los plátanos, los árboles de caucho son más característicos de las tierras bajas¹.

Si para las élites argentinas el problema de su territorio era la extensión, para las colombianas lo fue el calor. Sin embargo, por inmodificable, este factor permaneció problemáticamente innombrado.

1. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que la vegetación esté tajantemente compartimentada y que no sea historizable. Por ejemplo, los eucaliptos, que es frecuente verlos hoy en la sábana de Bogotá, en Boyacá y en otros lugares de altura, fueron traídos en semilla por el presidente radical Manuel Murillo Toro (1816-1880) tras su regreso de Europa en 1868 (Patiño Fomeque, “Plantas cultivadas”); mientras el café, como es sabido, no es una planta natural de América, sino que fue traída del África subtropical por los colonos españoles durante la conquista. Este texto no toca directamente ese tema — más propio de un texto sobre historia ambiental — pero es una obsesión que lo nutre: las fantasías de las élites por cambiar el paisaje tropical, sobre todo de altura, para hacerlo más parecido a las regiones templadas del globo, y las correlativas pesadillas por no poder hacer lo mismo en las tierras bajas.

Quiero pensar el clima como la clave para entender la naturalización de la violencia habilitada por los pisos térmicos del trópico andino. Los cambios constantes de temperatura en el trópico andino fueron politizados aun antes de la constitución de la República. La historia de la politización del clima en Colombia hunde sus raíces en la temprana colonia. Las prácticas colonizadoras de los siglos XVI, XVII y XVIII, administradas desde la metrópoli española, aconsejaban a los colonos europeos en el trópico asentarse en las alturas andinas de clima menos cálido, previa inspección de las condiciones de salubridad de los pobladores nativos para evitar posibles enfermedades: cuántos niños había, cuál era el estado de salud de los adultos, cuántos años tenía el hombre más viejo, qué animales podían usarse y qué mano de obra indígena se encontraba disponible. En las “ordenanzas de poblaciones de don Felipe II” (1543) leemos:

Ordenamos, que habiéndose resuelto de poblar alguna provincia o comarca [...] tengan los pobladores consideración y advertencia a que el terreno sea saludable, reconociendo si se conservan en él hombres de mucha edad, y mozos de buena complexión [...] si los animales y ganados son sanos, y de competente tamaño, y los frutos y mantenimiento buenos, y abundantes, y de tierras a propósito para sembrar y coger; si se crían cosas ponzoñosas y nocivas: el cielo de buen y feliz constelación, claro y benigno, el aire puro y suave, sin impedimento ni alteraciones: el temple sin exceso de calor o frío (y habiendo de declinar a una u otra calidad, escojan el frío) [...] (*Recopilación 14*).

Este test de habitabilidad, por llamarlo de alguna forma, empieza a darnos las claves para leer la historia del trópico andino como la historia de la enfermedad tropical, pero también para leer en él, como lo hicieron los primeros colonos, la promesa de la abundancia material. Las dos caras de la misma moneda —el infierno verde y El Dorado— son las metáforas conflictivas (Slater) desde las cuales occidente ha representado el trópico. En crónicas coloniales tempranas los españoles ya separaban el territorio tropical neogranadino entre tierras frías y tierras calientes. Por ejemplo, el encomendero de Tunja (en las alturas andinas) Juan Sanz Hurtado, de vuelta en España en 1603, explicaba la relación entre las tierras frías y las calientes en términos que segmentaban lugares de extracción de riquezas y espacios de cultura (de cultivo) donde se disfrutaba de ellas: “[en la tierra caliente] se dan y producen

los ricos metales de oro, plata, y esmeraldas. Y en la fría, que es donde vuestra Real Audiencia tiene su asiento, se cultivan los mantenimientos, legumbres y ganados con mucha fertilidad. Por manera que la una es expensa de comida, y sustento para la otra, que es la fría, y la caliente madre de oro y monedas hace a esta otra rica” (en Córdoba Ochoa 49). Esta distribución climática de la explotación, producción, consumo y gozo de bienes, tendrá un correlato político que intentará naturalizar estas mismas divisiones territoriales. Como veremos, no será hasta la crisis del imperio español en América a comienzos del siglo XIX, y por razones particulares de esa coyuntura política, que un relato depurado de esta fragmentación territorial, habilitado por las diferencias climáticas, será desplegado por las élites criollas para ganarse el lugar que habrían de abandonar los peninsulares. Las élites criollas andinas localizaron la civilización en un lugar sedentario a una cierta altura de “clima benéfico” en asentamientos supuestamente habitados por blancos o mestizos hispanizados. Fantaseados como una continuación de Europa en el trópico, las élites opusieron a estos espacios privilegiados una naturaleza amenazante e invasora, de clima más caliente, palpitando abajo y alrededor de los Andes, plagada de gentes tenidas por *verdaderamente* tropicales, más oscuras y —por ende— más indisciplinadas, arruinadas por el calor y desprovistas de historia, desperdigadas en territorios a un tiempo habitados y deshabitados dependiendo de las fantasías comerciales del momento. Estos lugares y gentes fueron representados de formas cambiantes que obedecieron a precisas coyunturas política y económicas, frecuentemente asociadas con la expansión de la frontera agrícola.

A lo largo del siglo XIX las élites se dieron cuenta de que el mercado europeo les pedía apropiarse de las materias primas exóticas que no se daban en las tierras frías, tales como la quina, el tabaco, el caucho, el banano o el café (Langebaek Rueda, “Pasado indígena” 59). Esto permitió que el avance del proyecto civilizatorio fuera representado como un movimiento descendente —de los climas fríos a los climas templados y cálidos— llevado de la mano por hombres blancos que debían disciplinar otras razas viviendo en otros climas más abajo de la cordillera (Múnera 41). La apropiación del trópico en Colombia surge como un mandato de la economía mundial que se corresponde con un relato representacional. Los mecanismos de representación que pusieron en juego las élites andinas para narrar la captura del espacio nacional en las

tierras bajas crearon fronteras imaginadas (Múnera) para su posterior captura en pro de la producción de plusvalía.

La captura del espacio del trópico andino para su reconversión en productos exportables movilizó una particular forma de leer el territorio nacional, un dispositivo espacial que lo segmentó en *espacios de cultura y lugares de tránsito*. Los primeros son las tierras frías y aquellos territorios que se han integrado al proyecto civilizatorio y que, por tanto, han entrado al circuito del capital. Este movimiento de incorporación al mercado se ve reflejado en un sistema de representaciones de acuerdo con el cual estos espacios e individuos son decodificados como más parecidos a los de las tierras frías y sus gentes más disciplinadas y, por ello, más blancas, en tanto van dejando atrás la marca atávica de lo salvaje: razas más oscuras, climas más cálidos. Los lugares de tránsito, por su parte, son aquellas espacialidades que no se pliegan al movimiento de la frontera agrícola, se niegan a ser incorporadas al circuito del capital y por tanto no pueden ser integradas al proyecto civilizatorio. Esta imposibilidad de incorporación se traduce simbólicamente: estos lugares se localizan más abajo en la espacialidad vertical andina (a pesar de no ser cierto geográficamente), se representan como más calientes, su vegetación más indomable, y sus habitantes más indisciplinados y, por tanto, representados como más oscuros. De esta manera el clima fue construido culturalmente como una potencia productora de cuerpos racializados, disciplinante o indisciplinante dependiendo de la disponibilidad de mano de obra y la aquiescencia, violenta o pacífica, de sus moradores a volverse peones.

El choque entre civilización y trópico en Colombia es un tema que ha sido desarrollado desde áreas como la geografía, la historia, la historia de la ciencia y la antropología. Para la academia este es un tema relativamente reciente. Las explicaciones a la larga historia de la violencia en Colombia han pasado, en su veta tradicional, por las lecturas partidistas de las guerras civiles² —“los odios heredados” entre los partidos Liberal y Conservador como subculturas durante el siglo XIX y buena parte del XX— o más recientemente, por lecturas cuyas líneas de análisis privilegian los conflictos de clase³ y de región⁴. Sin

2. Ver Helen Delpar y James D. Henderson.

3. Ver Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, y también Fernando Guillén Martínez.

4. Ver Marco Palacios, Frank Safford y Eduardo Posada Carbó.

embargo, las conflictivas relaciones entre el discurso civilizatorio —su carácter disciplinante, homogeneizante y su imaginación espacial unificadora— y las especificidades históricas del trópico colombiano —la diversidad étnica, la distribución poblacional, el miedo que produjo la enfermedad tropical y las relaciones coloniales de raza— no han sido lo suficientemente contempladas como una ostensible contribución a una historización de la violencia en el país.

En este libro quiero pensar el trópico desde su especificidad ambiental, para ayudarnos a romper el torniquete del discurso civilizador sobre Colombia. El discurso que administra el trópico colombiano actualmente concibe la civilización en el trópico como un fenómeno postselvático, es decir, ha concebido la selva como un espacio antinacional que se interpone entre Colombia y la civilización. Esta idea ha llevado, no solo a Colombia, es evidente, sino al mundo entero, a una crisis ambiental sin precedentes. Esta crisis está atada al modelo de desarrollo planetario, pero también a la concentración de la tierra disparada por la larga guerra colombiana actual (1964-). Los masivos proyectos agroindustriales aupados por la protección de bandas armadas ilegales han permitido la deforestación masiva de territorios para la ganadería extensiva o para el cultivo de palma africana. Así, las lluvias no cesan sobre los Andes y van desbordando los ríos, derrumbando las montañas erosionadas, sepultando las casas y desplazando a la gente de sus lugares de habitación. Los ríos no están haciendo más que recobrar la memoria de sus cauces, inundan los humedales desecados por empresas cultivadoras de palma o de caña para la exportación de etanol. Las aguas corren, imparables, sobre los bosques talados, convertidos en dehesas y potreros para la ganadería extensiva, causando derrumbes, sin que se interpongan en su transcurso las raíces de los árboles que antes ataban la tierra al suelo. Recordándonos la fragilidad del ecosistema del trópico andino, en su libro sobre la historia reciente de la Amazonía colombiana —*El río*— el etnobotánico Wade Davis dice: “si no fuera por los bosques húmedos, los Andes se habrían caído al Amazonas desde hace muchísimo tiempo” (161). El actual modelo de desarrollo hará pronto del mundo, y de los Andes en particular, un paisaje de la devastación⁵, un verdadero lugar inhabitable.

5. Arturo Escobar llama a la Colombia de hoy “una Colombia de la devastación”: “Las décadas del ‘desarrollo’ solo han exacerbado la desigualdad social, la concentración

Asimismo, las consecuencias de concebir el trópico como el pasado de lo temperado⁶ y a este como el *telos* de aquel, lleva consigo una narrativa ideológica que no ha sido todavía desenmascarada en toda su violencia y en toda su irracionalidad. Se trata de un pensamiento antitropical que permea los textos más tempranos y también los más recientes de las élites civilizatorias colombianas. El libreto de este discurso dice que después de talar la selva tropical para reconvertirla en dehesas, el clima cambiará y será posible la agricultura planificada. Luego de ambos cambios, de clima y de disciplina laboral, esta narrativa espera que cambien racialmente (!) los hombres. En tal narrativa ideológica se cifra una operación de violencia sobre el espacio que adopta la ecuación civilizatoria de acuerdo con la cual la civilización es la administración de la carencia —algo propio del clima de estaciones (Castro-Gómez, *La hybris* 34)— a la especificidad del trópico y su estable oferta de luz a lo largo del año. Al trasplantar esta ecuación a la llamada “zona tórrida”, se decodifica la abundancia del trópico —el eterno platanar del que hablaran los intelectuales colombianos del siglo XIX— como una aberración que no deja prosperar la civilización porque estimula la indisciplina en los trabajadores, los conduce a la holgazanería y a la lujuria.

Frente a estas operaciones deshistorizadoras del trópico, en estas páginas trazo un arco del pensamiento civilizatorio sobre el trópico en Colombia, muestro sus mutaciones y refacciones, y las respuestas que ha suscitado desde las propias élites. Así, este texto propone un viaje que empieza en los debates de naturalistas europeos de finales del XVIII *trasplantados* a América sobre la (in)habitabilidad del trópico y termina con la creación de lugares verdaderamente inhabitables en las selvas caucheras del sureste y suroeste colombianos a comienzos del siglo XX. En efecto, desde las fantasías de la deforestación como relatos de la separación entre naturaleza y cultura en los textos del ilustrado Francisco José de Caldas (1768-1816) hasta la voz de los árboles como escenificación del inextricable nexo entre ambas en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928), mi contribución a la discusión

de la tierra, la injusticia, la violencia, la dependencia y la destrucción ambiental. Las llamadas locomotoras del desarrollo económico y el Tratado de Libre Comercio solo lograrán profundizar estas tendencias” (“10 ideas para reconstruir a Colombia”).

6. A falta de una palabra más precisa, usaremos esta para referirnos al régimen climático de los países de estaciones.

acerca de la construcción cultural del trópico colombiano pasa por un análisis de la representación como un vehículo privilegiado para observar de qué manera fue instrumentalizada la particularidad geográfica del trópico colombiano para justificar o naturalizar diferentes proyectos políticos. Pienso que las especificidades de lo literario, su exhibición del extrañamiento (esa pregunta por el *por qué* contarlos de esta forma y no de esta otra), desdice constantemente la existencia de algo “natural” al representar la naturaleza como algo que está mediado siempre por la cultura, por el lugar desde el cual escribimos, por las motivaciones que escogemos para hacerlo y por la manera en que organizamos nuestros materiales a la hora de enmarcar lo que vemos afuera, en la supuesta intemperie.

Durante la escritura de este libro me topé una y otra vez, aunque representada de distintas maneras, con un particular forma de describir el trópico andino por parte de las élites. Tanto las fantasías de deforestación como las fantasías agroexportadoras estaban habilitadas por una cierta suspensión del clima sobre la corporalidad del que veía los lugares dónde se llevarían a cabo sus deseos civilizatorios. La invisibilidad del vidrio del invernáculo o la ventana del barco de vapor o del avión, entre otras, se constituyó en una engañosa separación que permitía ver sin ser tocado, suspendiendo el clima sobre el cual la mirada se desplegaba, habilitando la separación entre el afuera y el adentro, y abriendo, por tanto, la peligrosa posibilidad de separar la cultura de la naturaleza. Ver el afuera desde un adentro protegido, inmunizado, crea un lugar artificial —un invernadero— desde donde vivir el espacio sin sentirlo, abriendo paso a su deshistorización. Esto permite desplegar toda clase de fantasías comerciales que se traducen en proyectos de disolución de comunidad, proyectos que pueden terminar — y han terminado— en genocidios como el que ocurrió en el Putumayo a comienzos del siglo xx como fruto del *boom* cauchero.

A ese ojo sin cuerpo que retraza las oposiciones entre naturaleza y cultura lo quiero llamar la *mirada invernacular*. Olvidar la conexión biológica ojo-cuerpo es la desarticulación, a nivel micro, de otra relación de complementariedad que operará a nivel macro: la inextricable unión entre naturaleza y cultura. Inspirada en las extasiadas visitas de José María Samper a los invernáculos del *Crystal Palace* de Londres en 1858, donde le parecía que la civilización sí era posible en el trópico porque no había “negros y mosquitos”, la mirada invernacular se me

aparece atada, desde sus orígenes, a consideraciones no solo violentas, sino, también, bélicas. Las tecnologías de bombardeo a distancia, o la operatividad del llamado avión *dron* dan cuenta de esto elocuentemente. El dron es un avión no tripulado que practica operaciones de bombardeo en Afganistán o Colombia, dirigido desde pantallas por operadores militares que pueden encontrarse a miles de kilómetros de distancia, en Wyoming o Bogotá. Radicalizada en este ejemplo, la mirada invernacular, sin embargo, es la misma en tanto suspende la experiencia histórica compartida con las comunidades en el suelo, borrando cualquier medio de contacto entre víctimas y victimarios, inclusive el clima, que pueda hacerlos parte de lo común, de lo humano.

Hacernos consciente de las tácticas que separan la naturaleza de la cultura y que abren, por ende, el campo para realizar actos de violencia sobre el espacio y sus habitantes es el propósito principal de este libro. Espero con él contribuir a “tropicalizar el trópico” colombiano, es decir, entenderlo desde su particularidad ambiental. Pienso que entender el *continuum* naturaleza-cultura, concebir nuestro territorio como un jardín y no como una selva a podar, es un paso fundamental para hacer la paz entre los colombianos. Una paz imposible si no se entienden —y desactivan— las maneras cómo se ha construido el territorio nacional.